

# **La Alianza del Arco Iris**

**Arnau de la Torre**

La Alianza del Arco Iris (Arnau de la Torre)

1ª edición

Editor: Prímula Ediciones, S.C.P.

ISBN 978-84-938473-0-2

Diseño de portada: Prímula Ediciones, S.C.P.

Fotografía de portada: Maravillas de España ([www.maravillasde.com](http://www.maravillasde.com))

**Este libro también se puede comprar por internet:**

[primulaediciones.jimdo.com](http://primulaediciones.jimdo.com)

[primulaediciones.blogspot.com](http://primulaediciones.blogspot.com)

<https://sites.google.com/site/primulaedicionesscp/>

*A Amparo,  
mi paciente y dedicada amiga  
que hizo de improvisada correctora*

*Esto es una novela por lo que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia pero se advierte al lector que, en estos momentos, la ficción está siendo superada por la realidad.*



*Hace más ruido  
un árbol que cae  
que un bosque que crece*



## Capítulo I

*“Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad”<sup>1</sup>.*

Estas palabras penetran en mi cerebro como si no entraran por mis sentidos. Es algo difícil de explicar porque tengo una niebla en la mente que me impide ser plenamente consciente de lo que pasa a mi alrededor y sin embargo las cosas me llegan a la consciencia como de forma automática. Tengo los ojos cerrados y a la vez estoy viendo como el sacerdote me administra el que seguramente será mi último sacramento. Me unge con el aceite, me hace la señal de la cruz en la frente y en las manos para que me ayude a sobrellevar con fortaleza y en estado de gracia el momento del tránsito a la Casa del Padre a través de la muerte.

El capellán que me aplica la unción de enfermos es joven y bien parecido pero va mal arreglado. No parece muy alto y es delgado aunque de complexión fuerte. Ojos negros y profundos y el cabello, oscuro y ensortijado, cayéndole por la frente. Su ropa es de baratillo y mal combinada, pantalones marrones de tergal con camisa clerygman negra. Encima una cazadora color verde botella. Los zapatos, de cordones, negros. En el cuello una estola morada con ribetes blancos de lo más vulgar. Qué diferencia conmigo, cuando estaba bien y ejercía mi profesión. Mi ropa era siempre de calidad, escrupulosamente elegida para cada ocasión, exquisita, y me sentaba como si me la hubieran confeccionado a medida. Yo era lo que llaman una persona elegante y atractiva. Y eso me gustaba.

Estoy en un hospital de terminales. Me trajeron aquí cuando los médicos me desahucieron. Al bajar de la ambulancia divisé el edificio que solo tiene dos plantas, con ventanas cuadradas que se abren a la fachada. La portada seguramente del siglo XVII es

---

<sup>1</sup> Fórmula de la Unción de Enfermos

muy sobria. Está formada por dos cuerpos, con columnas dóricas y pilastras, y sobre ellas un frontón partido en cuyo centro está la escultura de un santo con la palma del martirio. Me depositaron en la camilla y entré en el edificio barroco recorriendo, uno después de otro, dos patios renacentistas con azulejería y pinturas murales hasta llegar a la habitación que me habían asignado. Está alicatada con azulejos andaluces decorados profusamente en azul y verde sobre fondo blanco. El zócalo, a una persona normal, le llegaría por la cintura. El resto está pintado de blanco y el suelo es de ladrillo rojo. Hay una ventana por donde puede verse el campo.

No sé cuántos días llevo aquí porque he perdido la noción del tiempo. Y tampoco sé, a ciencia cierta, si estoy vivo o ya me he muerto y mi alma se ha quedado vagando por este lugar que fue o será mi última morada. Ni cuando ocurren las cosas porque para mí es como si todo hubiera quedado parado y todo estuviera sucediendo al mismo tiempo y puedo enfocar sobre hechos determinados que sé que pasaron hace años pero que también están presentes. He oído decir que las personas que han estado muy cerca de la muerte, como yo ahora, sienten que se mueven a lo largo de un túnel largo y oscuro en cuyo final se ve una luz resplandeciente. Yo no he visto nada de eso. Quizá porque ellos han vuelto a la vida y lo han contado y yo no tendré esa segunda oportunidad. O quizá porque aun no ha llegado mi hora.

Tendido en la cama, casi no tengo fuerzas para moverme. Es tan grande mi laxitud que ni siquiera puedo levantarme sólo al servicio y he de pasar por la humillación de utilizar la galanga. Por la mañana viene la enfermera y me ayuda a levantarme. Me sienta en un sillón y miro por la ventana. Tengo la sensación de que he ido a un museo a ver siempre el mismo cuadro. Pero ese lienzo está vivo y los árboles que contiene se mecen suavemente con el viento que sopla. De tarde en tarde aparece algún elemento que no estaba el día anterior: un senderista, una flor, una nube, un jilguero, un gorrión. En el horizonte una montaña de piedra caliza con incrustaciones de mármol. Su pico forma una cresta muy marcada que se recorta sobre el azul del cielo; a sus pies los pinos carrascos característicos de este lugar y a la derecha del bosquecillo unos cuantos tejos que me han sorprendido por lo raro de hallarlos en estas latitudes. Hay un sendero que sube y se pierde en el bosque.



No puedo leer, no me apetece ver la televisión ni oír la radio. Mi delgadez es extrema y no quiero comer; no tengo apetito. Ése fue el primer síntoma que noté, que no tenía hambre nunca y ni siquiera cuando acudía a algún restaurante elegante encontraba algún plato que me ilusionara. El buen vino también dejó de interesarme. No me percaté hasta algunos meses después que también estaba siempre cansado. Dejé de ir al golf pero no dejé de fumar. En realidad, fumar era lo único que me aliviaba. Me sentía bien con un cigarrillo entre los dedos y no dejé de aspirar el humo del tabaco. Luego comencé a tener una tosecilla seca que no se marchaba. Nunca me gustaron los médicos ni me preocupé especialmente de mi salud; solo en contadas ocasiones y por molestias concretas acudí. No he sido una persona organizada y metódica. He ido viviendo según ha ido viniendo a mí la vida y yo la he tomado así, aprovechándome de las circunstancias y sin pensar nunca en las consecuencias de mis actos o de mis omisiones. Como tantos otros.

Cuando pedí cita con el médico, creí que me iba a recetar algún reconstituyente y que la tos sería producto de un constipado. Me atendió bien pero quiso someterme a algunas pruebas un poco más serias. Me alarmé un poco porque solicitó aparte de unos análisis un TAC. Y todo ello con urgencia. Los resultados se los enviarían al médico directamente a su consulta, así que lo único que podía hacer era cábalas sobre mi estado y el pensamiento iba desde la tranquilidad más absoluta -todo iba a ser normal- hasta las sospechas más crueles.

Me lo espetó sin ningún miramiento: “Tienes un cáncer de pulmón pero no te preocupes, está muy localizado y hay muchas esperanzas de que lo superes”. Los galenos del servicio no consideraron oportuno extirpar el tumor sino someterme a quimioterapia y ahí comenzó mi calvario. Los goteros me sentaron mal. Después de que me lo administraran estaba mareado, vomitaba y necesitaba acostarme hasta el día siguiente. Mis defensas fueron bajando hasta el punto que tuvieron que interrumpir el tratamiento. Se me cayó el pelo y mi cabeza se veía brillante; no como cuando uno se la afeita que siempre puede verse una sombra producida por las puntas de los cabellos cortados, sino con un brillo extraño, propio de quien nunca ha tenido pelo o lo perdió hace mucho tiempo. No tenía cejas lo que me daba un aspecto extravagante que me sorprendía cada vez que me miraba al espejo. Esa imagen que me devolvía el cristal no

podía ser yo. Había dejado de ser un gentleman para ser un enfermo, un ser con la mirada triste, el ánimo abatido y el cuerpo tocado con la guadaña de la muerte. Hubo momentos en que quise que todo acabara ya. Paradójicamente la causa estaba más relacionada con la estética que con el sufrimiento. Éste podía soportarlo. Lo que no podía asumir era ese cambio físico que había malogrado todo mi atractivo. Me escondía y sólo los pocos amigos que quedan en estos casos dejé que me vieran. Los incondicionales. Los que nunca he merecido. Los que no he sabido cuidar. Los que no me importaron nunca. De los que me aproveché cuanto pude. No supe ver su valor entonces. Fue ya en el trance de la enfermedad cuando aprecié en toda su profundidad lo que significa y vale una amistad.

Paso las noches en un duermevela tranquilo y pausado, solo interrumpido por la tos reticente. No descanso casi pero no me desespero como al principio. Con el tiempo aprendes a aceptar el estado en que te encuentras y pasas de exigir una pronta curación a una esperanza de mínimos. Y éstos cada vez se reducen más, es decir, esperas menos de tu estado. Primero quieres volver a hacer una vida normal e incluso renacen tus ilusiones con cualquier avance contra la enfermedad. Pero estos avances siempre van seguidos de un retroceso y entonces mengua tu esperanza. Dices, al menos si no puedo trabajar que pueda vivir con normalidad. Cuando los cuidados hacia tu cuerpo van ocupando todo el día solo esperas seguir así: al menos vivir. Luego comprendes tu situación e intuyes el devenir de los acontecimientos. Esperas ya sin esperanza. Y al final asumes tu fallecimiento de forma mansa, preparándote para entregar la vida al Padre y que Él, en su infinita sabiduría y misericordia, se haga cargo de ti y te lleve a la vida eterna que Jesucristo nos prometió. Yo confío en Él y creo en sus promesas. En una vida diferente a ésta que quizá consista en un estado de bienestar anímico en el seno del único Ser que puede colmar nuestras ansias de vida. Porque nadie ha vuelto para decirnos cómo es el cielo o el infierno y solo la fe verdadera y profunda en lo que nos ha sido revelado para nuestra salvación puede encaminarnos a la entrega y al abandono en manos de Dios.

Aquí estoy solo. No quiero a nadie conmigo. No quiero que la visión de mi decaimiento físico ofenda la sensibilidad de otros. Y tampoco deseo que me recuerden en este estado, demacrado y exánime, con los brazos y las manos sarmentosos y las piernas sin mús-

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

